

mania que desde las secularizaciones seguía sin preladados y cabildos, y no admitiendo ninguno de los arreglos religiosos adoptados en favor de Italia. Con motivo del matrimonio que contrajo Gerónimo Bonaparte en los Estados Unidos con una protestante, y que Napoleón quería anular, opuso el papa una resistencia poco sincera pero obstinada, valiéndose de este modo de armas espirituales á falta de temporales, con cuyo motivo le manifestó Napoleón que se tenía por dueño de la Italia, inclusa Roma, y que no permitiría en ella un enemigo oculto: que seguiría el ejemplo de los príncipes que al mismo tiempo que siguieron siendo fieles á la iglesia, supieron dominarla; que era para la iglesia romana un verdadero Carlomagno, puesto que la había restablecido, y que quería ser tratado como tal. Mientras esto no sucediese, se apoderó de Puente Corvo y de Benavente, diciendo que lo hacía con disgusto, y dando así principio á un desacuerdo fatal, en la creencia de que podría ponerle los límites que se le antojasen, mirando por los intereses de la religión y del imperio.

De este modo, pues, además de los tronos que podía repartir, tenía á Luca, Guastalla, Benavente, Puente Corvo, Plasencia, Parma, Neufchatel y Berg para darlos á sus hermanos y sus mejores servidores, á título de ducados ó principados. Así es que al mismo tiempo que se proponía dar á José un reino como Nápoles, y aumentar el de Eugenio nada menos que con los Estados venecianos, pensaba crear una veintena de ducados menores destinados para sus generales y los que mejor le sirviesen en el orden civil, á fin de formar un tercer

rango en su gerarquía imperial, y premiar espléndidamente á los hombres á quienes debía el trono, y Francia su grandeza.

Con ceñirse él mismo la corona imperial, y adjudicarse el premio de las prodigiosas hazañas llevadas á cabo por la generación actual, dió rienda suelta á los deseos de sus compañeros de gloria, para que también aspirasen á obtener el premio de sus trabajos. Así es que por desgracia no eran tan sóbrios como los generales de la república, y muchas veces tomaban lo que no se apresuraban á darles, haciendo en Italia, y especialmente en los Estados venecianos, exacciones que Napoleón trató de reprimir con todo rigor. Lo primero que hizo fué averiguar con suma exactitud lo que había acerca de aquellas exacciones, llamó en seguida á los autores de ellas, logró saber á cuanto ascendían las cantidades cobradas, y mandó las restituyeran inmediatamente, empezando por el general en jefe, quien tuvo que entregar en la caja del ejército una cantidad de consideración.

Empero como no quería que sus generales fuesen enteramente íntegros, sin recompensar su heroísmo, escribió lo siguiente á Eugenio y á José, á cuyas órdenes servían entonces varios de los oficiales cuya conducta acababa de reprender:— Decidles que á todos ellos les daré mucho más que lo que puedan tomar por sí; que lo que ellos se apropien redundará en deshonra suya, al paso que lo que yo les dé les honrará, porque será un testimonio inmortal de su gloria; que pagándose por su mano vejan á mis pueblos, esponiendo á Francia á las maldiciones de los vencidos, y que lo que yo les dé, por el contrario, no será un des-

pojo para nadie, puesto que se debe á mi prevision. Que aguarden, pues, y llegarán á ser ricos y respetados, sin que recaiga sobre ellos la nota de cohecho.

Véase, pues, como aquellas medidas inútiles en la apariencia, eran hijas de ideas profundas, pues si estaba resuelto á satisfacer los deseos de goces que tenían sus generales, pensaba encaminar estos deseos á nobles recompensas legítimamente adquiridas. En tiempo del Consulado, cuando todo tenía aun formas republicanas, ideó la Legion de Honor; pero ahora que todo iba revistiéndose en torno suyo de formas monárquicas, y se engrandecía á ojos vistas, quería que todos se engrandeciesen al mismo tiempo que él, y pensaba en crear reyes, grandes duques, duques, condes, etc. Mr. de Talleyrand, que continuamente estaba predicando en favor de esto, trabajó tambien durante la última campaña en la obra de Napoleon, hablándole sobre este particular tanto como acerca del arreglo de la Europa, arreglo de que se ocupaba en Presburgo. En consecuencia idearon un vasto sistema de reinos tributarios en que hubiese duques, grandes duques y reyes, dependientes por derecho de soberanía de Napoleon, y que tuvieran, no títulos inútiles, sino verdaderos principados, sea en tierras, sea en buenas rentas.

Para que aquel sistema guardase mas conformidad con el imperio germánico, debian conservar los reyes en los tronos que iban á ocupar su cualidad de grandes dignatarios del imperio francés, de modo que al convertirse en reyes ó grandes duques, José debía continuar siendo gran

elector, Luis condestable, Eugenio archicanciller de Estado y Murat gran almirante. En ausencia de estos, harian sus veces unos dignatarios suplementarios, como por ejemplo, un vice-condestable, un vice-gran elector, etc., escogidos entre los principales personajes del estado, con lo cual se multiplicaban los cargos que habia que repartir. Los reyes que seguian siendo dignatarios del imperio francés, debian residir muchas veces en Francia, y tener aposento en el Louvre para su uso particular, siendo ellos los que formasen el consejo de la familia imperial, desempeñasen ciertas funciones especiales durante las minorías, y aun eligiesen emperador, en caso de que llegara á extinguirse la línea masculina, como sucede algunas veces en las familias reinantes.

Era, pues, completa la semejanza con el imperio germánico, y como este imperio estaba para desmoronarse, y espuesto á desaparecer cuando lo tuviera por conveniente Napoleon, el imperio francés iba á reemplazarlo en Europa, pudiendo convertirse el imperio de los francos en lo que fué en tiempo de Carlo-Magno, esto es en imperio de Occidente, y tomar el mismo título. A esto se reducía aquella ambicion inmensa, la única que no satisfizo, la que le indujo á atormentar al universo, y bajo cuyo peso pereció tal vez. Mr. de Talleyrand, que al mismo tiempo que aconsejaba la paz, lisonjeaba algunas veces las pasiones que encienden la guerra, solia manifestar esta idea á Napoleon, sabiendo la conmocion profunda que causaba en su alma, y cada vez que le hablaba de esto, veia brillar en sus ojos que despedían chispas de ingenio, todo el fuego de la

ambicion. Sobrecogido sin embargo de una especie de pudor, ni mas ni menos que la víspera del dia en que tomó las riendas del gobierno supremo, no se atrevia Napoleon á confesar hasta donde llegaban sus deseos, y el archicanciller Cambaceres, que era con quien mas se franqueaba, porque estaba seguro de que seria mas reservado que ningun otro, medio desconfió de su secreta intencion, y se guardó muy bien de animarle, porque aunque era muy adicto al emperador, podia en él la prudencia mas que nada. Empero era evidente que hallándose como se hallaba en la cima de las grandezas humanas, habiendo como habia llegado á un punto de que no pasaron Alejandro, César ni Carlo-Magno, deseaba algo mas el alma inquieta é insaciable de Napoleon, y lo cual no era otra cosa sino el título de emperador de Occidente, título que hacia mil años no habia tenido nadie en el mundo.

Existe en los pueblos del Mediodia y del Occidente, entre los franceses, italianos y españoles, hijos todos de la civilizacion romana, cierta conformidad de genio, costumbres é intereses, hasta de territorio algunas veces, que no se encuentra allende la Mancha, el Rhin y el círculo de los Alpes, entre los ingleses y alemanes. Esta conformidad es la indicacion de una alianza natural, que la casa de Borbon, reuniendo bajo un solo cetro real, á Paris, Madrid, Nápoles y algunas veces á Milan, Parma y Florencia, habia en parte realizado. Si estos hubieran sido los deseos de Napoleon; si dueño de aquella Francia cuyos límites se estendian hasta la embocadura del Mosa y del Rhin, y hasta la cumbre de los Alpes; si

dueño de la Italia entera y habiendo podido serlo de España, solo hubiera querido reconstituir aquella alianza de los pueblos de origen latino dándola la forma simbólica y sublime por los recuerdos, del imperio de Occidente, el orden natural de las cosas aunque violentado, no habria sido hollado sin embargo. La familia Bonaparte reemplazó á la casa de Borbon, para reinar sobre paises que esta antigua casa habia aspirado á dominar, á fin de unirles por medio de un simple lazo feudal al gefe de la familia; lazo que dejando su independenciam á cada una de las naciones meridionales, prestaba á su alianza mayor fuerza y conveniencia. Con el genio de Napoleon, si hubiera reinado mas tiempo, trasladando á la política el talento que desplegaba en la guerra, tal vez no hubiera sido imposible llevar á cabo este pensamiento. Pero este orden natural de las cosas que con tanta crueldad se venga de los que le desconocen, fué temeramente violentado, cuando Bonaparte llevado de su ambicion no respetó los límites del Rhin, quiso reunir los germanos á los galos, someter los pueblos del Norte á los del Mediodia, colocar príncipes franceses en Alemania, á pesar de las invencibles antipatías de sus costumbres, y presentar á la faz de todo el mundo el fantasma de esa monarquía universal que la Europa entera teme y aborrece, á quien ha combatido y combatirá sin cesar, y la cual recibirán algun dia de los pueblos del Norte, despues de haberla reusado de los del Occidente.

Una série de acontecimientos imprevistos, aun por la vasta y previsora ambicion de Napoleon, producía en aquel momento la disolucion del im-

perio germánico, é iba á hacer desaparecer el noble título de emperador de Alemania que sustituyó en los sucesores de Carlo-Magno, al de emperador de Occidente. Este fué otro funesto estímulo para los proyectos que Napoléon abrigaba y que aun no se habia atrevido á poner por obra.

Tratando en sus últimos convenios con el Austria, acerca de las recompensas que habia de dar á sus tres aliados de la Alemania meridional, los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, y en hacer desaparecer todo motivo de colision entre estos y el gefe del imperio, resolviendo algunas cuestiones que quedaron indecisas en 1803, Napoléon, sin sospecharlo siquiera pronunció el decreto de la próxima disolucion del antiguo imperio germánico. Instrumento providencial, involuntario á veces y casi siempre desconocido, de esa revolucion francesa que debia cambiar la faz del universo, preparó, sin saberlo, una de las mas grandes reformas europeas.

Recordaremos que en 1803 fué llamada la Francia para entender del gobierno interior de Alemania y que los príncipes que perdieron el todo ó parte de sus estados, por la cesion de la orilla izquierda del Rhin, habian resuelto indemnizarse de sus pérdidas, secularizando los principados eclesiásticos. No pudiendo ponerse de acuerdo sobre la reparticion de estos principados, apelaron á la equidad y firmeza de Napoléon, sin lo cual fué imposible entenderse. La Prusia y el Austria habian recibido de su mano los bienes de la iglesia, con el solo disgusto de que no hubieran sido mayores. La supresion de los principados eclesiásticos llevó consigo la mo-

dificacion de los tres colegios que componian la Dieta. Estuvieron acordes con respecto al colegio de los electores, mas no así con respecto á los príncipes, en el que el Austria pretendia tener mayor número de votos católicos que el que le habia sido concedido. En cuanto al colegio de las ciudades se modificó, reduciendo su número á seis y destruyendo casi todo su influjo. Nada se determinó relativamente á la nueva organizacion de los círculos encargados de hacer guardar el respeto debido á las leyes en las grandes provincias alemanas, ni sobré la nueva organizacion religiosa que era sumamente necesaria desde la supresion de una infinidad de obispados, y la cual iba retardándose indefinidamente por la mala voluntad del Santo Padre. Nada, en fin, se resolvió acerca de la grave cuestion de la nobleza inmediata, porque interesaba á toda la aristocracia alemana y sobre todo al Austria que tenia en los individuos de esta nobleza unos vasallos dependientes del imperio á la par que independientes de los príncipes territoriales, y que prestaban grandes servicios, de los cuales no era el menor, el alistamiento autorizado que hacia en sus dominios.

Apenas las potencias mediadoras Francia y Rusia, cansadas de aquella larga tarea, se retiraron dejando á la Alemania á medio reformar, invadió la anarquía este desgraciado pais. El Austria, bajo el pretexto de un falso derecho, usurpó las dependencias de los bienes eclesiásticos dados en indemnizacion, privando á los príncipes indemnizados de una parte considerable de lo que se les debia; al paso que estos por su parte, se

apoderaron de los bienes de la nobleza inmediata, aprovechándose de las incertidumbres del último registro.

Habiendo conducido á Napoleon la guerra de 1805 mas allá del Rhin, aprovechó aquella ocasion para resolver, en beneficio de los príncipes sus aliados, las cuestiones que habian quedado indecisas; creando al mismo tiempo en Baden, Wurtemberg y Baviera una especie de des-acuerdo con el resto de Alemania; pero la codicia de los aliados mismos suscitó nuevas dificultades que alarmaron á la Alemania entera. El rey de Wurtemberg habia usurpado sin miramiento de ninguna clase, todas las tierras de la nobleza inmediata, tuviesen ó no esta cualidad. Se arrogó mas derechos aun que los de soberano territorial, apropiándose tambien muchos castillos de la nobleza, como verdadero dueño y señor. Declaró que le pertenecian todos los derechos de origen feudal que el Austria habia querido ejercer en Suabia, cuya aplicacion era peligrosa y arbitraria, en virtud de la posesion de ciertos señoríos feudales que le correspondieron en el reparto de la Suabia austriaca, y comenzó á hacer uso de tales derechos con mayor rigor que la misma cancilleria austriaca. Las casas de Baden y Baviera, molestadas por él y autorizadas por su ejemplo, cometian los mismos excesos en sus territorios. El desprecio de las leyes llegó á penetrar hasta en los principados soberanos comprendidos en los territorios de estos tres príncipes, bajo pretexto de buscar los dominios de la nobleza inmediata, que de ningun modo podian pertenecerles, porque dado el caso de que estos dominios perteneciesen

á otros que no fuesen los mismos nobles inmediatos, no debería ser sino al príncipe soberano de quien dependian inmediatamente.

Napoleon encargó á Mr. Otto, su ministro en Munich, como árbitro, y á Berthier, como gefe de la fuerza ejecutiva, el arreglar todas las disputas que se suscitaron sobre la particion de los territorios austriacos de la Suabia, entre Baden, Wurtemberg y Baviera. Complicábanse las dificultades y Napoleon les envió al general Clarke para que les ayudase á desembrollar aquel inmenso caos. Unos y otros desesperaban de conseguir su objeto; los príncipes á quienes se hacia violencia, presentáronse acto continuo en Ratisbona, pero los ministros de la Dieta faltos de valor y autoridad desde que el Austria les dejó entregados á sus propias fuerzas, permanecian impotentes en presencia del desórden que se aumentaba por todas partes. El Austria misma les redujo casi á aquella impotencia de que se lamentaban, al negarse en el año anterior á autorizar toda deliberacion formal, mientras no se reconstituyese á su gusto el colegio de los príncipes, y se aumentase el número de votos católicos que reclamaba. Mas vencida entonces definitivamente, ocupada de su salvacion, acababa de dar el último golpe á la Dieta, haciéndola ver que no debía contar en manera alguna con su cooperacion. La Dieta, por lo tanto, quedaba destruida, recibiendo cuando mas, las órdenes que se la comunicaban, pero sin deliberar sobre ninguna clase de negocios.

En vista de todo esto, los pequeños príncipes soberanos y los nobles inmediatos espuestos á toda clase de usurpaciones; las ciudades libres re-

ducidas de seis á cinco por el donativo de Augsburgo á la Baviera; los principes eclesiásticos secularizados cuyas pensiones no se pagaban, acudieron á Munich, para implorar por medio de MM. Otto, Berthier y Clarke la proteccion de la Francia. Indignados estos por el espectáculo de opresion que habian presenciado, formaron una especie de asamblea á fin de conciliar todos los intereses, é impedir que á la sombra de la proteccion de la Francia se cometiesen actos de iniquidad y perfidia. Mr. Otto concibió un proyecto de arreglo que la Francia debia proponer á los principales opresores, los soberanos de Baviera, de Baden y de Wurtemberg. Conoció empero muy luego que su arreglo no era otra cosa sino un nuevo plan de constitucion germánica, y no se le ocultó tampoco que los agentes del rey de Wurtemberg, al presentarles el proyecto, se alarmaron sobre manera, y declararon que su señor no consentiria jamás en las concesiones propuestas. Se dijo que aquel principe, á quien acababan de hacer rey y cuyos estados y prerogativas soberanas habian aumentado, fué despojado por la Francia, por no haber querido acceder á las consideraciones que le pidió tuviese con las propiedades de sus vecinos, mas débiles que ellos. Mr. Otto, no sabiendo que hacer en aquellas circunstancias, envió á París á fines de marzo, á los reclamantes con sus peticiones, así como tambien los proyectos de arreglo que él concibiera con la mas recta intencion.

Desde esta época, oprimidos y opresores, estuvieron todos á los pies del trono de Napoleon, siendo evidente que el cetro de Carlo-Magno, ha-

bia pasado de los germanos á los franceses.

Esto era lo que habia dicho siempre el príncipe archicanciller, último elector eclesiástico conservado por Napoleon, que como ya hemos dicho, fué trasportado de Maguncia á Ratisbona. Este principe, cuyas buenas cualidades hemos trazado anteriormente, buscaba la fuerza en donde quiera que se hallase, por lo cual no cesaba de suplicar á Napoleon que empuñara el cetro de la Germania; y si alguien hizo resonar en los oídos de Napoleon el peligroso nombre de Carlo-Magno, fué él ciertamente.—Vos sois, Carlo-Magno le decia, sed, pues, el rey, el legislador, el salvador de Alemania.—Si este nombre, que no era el que alhagaba mas el orgullo de Napoleon, que contemplaba á César y Alejandro como mas dignos émulos de su genio, pero que agradaba á su ambicion porque tenia mas analogías con sus proyectos acerca de la Europa, si este nombre decimos, se hallaba siempre mezclado con el suyo, se debia menos á sus deseos, que á la voluntad de todos los que demandaban su proteccion. Cuando la iglesia tenia que pedirle algo, le decia:—Vos sois Carlo-Magno, dadnos, pues, lo que él.—Cuando los principes alemanes de todos los estados se hallaban oprimidos, le decian tambien:—Vos sois Carlo-Magno, protegednos como él lo hubiera hecho.—

Esto le habria inspirado las ideas que su imaginacion menos rápida y fecunda hubiera tardado en concebir; pero entonces mareaban de acuerdo su ambicion y las necesidades de los pueblos.

En todos tiempos, los principes alemanes ó la confederacion germánica, autoridad legal y re-

conocida por ellos, formaron ligas particulares para defender ciertos derechos é intereses comunes á algunos de ellos. Los que quedaban aun unidos por estas ligas, se dirigieron á Napoleón suplicándole que interviniese en su favor como autor y responsable del acta de mediacion de 1803 y como firmante y ejecutor del tratado de Presburgo. Unos le proponian formar nuevas ligas bajo su proteccion, y otros que crease una nueva confederacion germánica al abrigo de su cetro imperial. Los príncipes cuyas posesiones se hallaban invadidas, los nobles inmediatos cuyas tierras habian corrido la misma suerte y las ciudades libres amenazadas de supresion, todos á su vez proponian diferentes planes, pero estaban dispuestos mediante la proteccion que solicitaban, á adherirse al que prevaleciese.

El príncipe archicanciller, temiendo que su electorado eclesiástico, el último que se salvó del naufragio, no sucumbiese en la nueva tormenta, ideó un medio de salvarle, cual fué el de formar una nueva confederacion germánica, que debia deliberar bajo su presidencia y comprender todos los estados alemanes, escepto la Prusia y el Austria. Con el objeto de interesar á Napoleón en este proyecto inventó dos medios: el primero consistia en crear un electorado unido al ducado de Berg, que estaba destinado á Murat, y el segundo en nombrar sobre la marcha un coadjutor para el arzobispado de Ratisbona, elegido precisamente de entre la familia imperial. Este coadjutor, arzobispo electo de Ratisbona y archicanciller futuro de la confederacion, pondria necesariamente á la nueva dieta bajo las órdenes de Napoleón. El in-

dividuo de la familia Bonaparte destinado para ocupar este puesto estaba indicado á las claras en la persona del cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y embajador en Roma (1).

(1) Hé aquí el curioso documento dirigido á Napoleón;

Ratisbona 19 de abril de 1806.

Señor.

El genio de Napoleón no se limita á labrar la felicidad de la Francia; la Providencia hace al hombre superior al universo. La nacion germánica, digna de aprecio, gime sumida en las desgracias de la anarquia política y religiosa; sed vos, señor, el regenerador de su constitucion. Hé aquí algunos de los deseos dictados por el actual estado de cosas. Que sea nombrado electo el duque de Cleves, con la concesion de la orilla derecha del Rhin; que el cardenal Fesch sea mi coadjutor, y que las rentas asignadas sobre el otorgamiento á doce estados del imperio, se funden sobre alguna otra base. V. M. I. y R., juzgará en su alta penetracion, si es útil el que se realicen estos deseos. Si alguna idea poco acerada me ofusca, mi corazon al menos me asegura la pureza de mis intenciones.

Soy con el mas profundo respeto de V. M. I. y R., vuestro mas sumiso y apasionado admirador.

CARLOS, *elceto*r archicanciller.

La nacion germánica necesita que sea regenerada su constitucion; la mayor parte de sus leyes no tienen sino palabras vacías de sentido, desde que los tribunales, los círculos y la Dieta del imperio carecen de los medios necesarios para sostener los derechos de la propiedad y seguridad personal de los individuos que componen la nacion, y desde que las instituciones no sirven para proteger á los oprimidos contra los atentados del poder arbitrario y de la avaricia. Semejante situacion es anárquica; los

Sin esperar á que fuése propuesto, discutido y adoptado semejante plan, el archicanciller, deseando asegurar inmediatamente la conservacion de su silla, por un medio que hiciese imposible su caida, á menos que Napoleon quisiera atentar contra los intereses de su familia, la que no lo llevaria á bien, además de que tampoco él pensaba en ello, el archicanciller sin consultar á nadie y con grande asombro de sus co-estados, eligió al cardenal Fesch para coadjutor del arzobispado de Ratisbona, y escribió á Napoleon una carta oficial anunciándole esta eleccion.

Napoleon no tenia motivos para apreciar al cardenal Fesch, genio orgulloso y testarudo, y que no era el menos quisquilloso de la familia, por lo que no tenia mucho empeño en colocarle al frente

pueblos soportan las cargas del estado, sin gozar de sus principales ventajas; desastrosa posicion de un país digno de mejor suerte por su lealtad, su industria y su radical energia. La constitucion germánica solo puede ser regenerada por un gefe del imperio dotado de carácter fuerte, que robustezca las leyes concentrando en sus manos el poder ejecutivo. Los estados del imperio gozarán mejor de sus dominios, cuando los votos de los pueblos sean presentados y discutidos en la dieta, cuando se hallen mejor organizados los tribunales y se administre justicia mas eficazmente. S. M. el emperador de Austria, Francisco II, seria como simple particular, muy respetable por sus escelentes cualidades personales, pero es lo cierto que el cetro de Alemania se le escapa de entre las manos, por tener al presente en contra suya la mayoría de la dieta, y por haber faltado á su capitulacion ocupando la Baviera, introduciendo los rusos en Alemania y desmembrando parte de su imperio para llevar adelante las querellas particulares de su casa. ¡Ojala pudiera ser emperador de Oriente para resistir á los rusos y que el imperio de Occidente renaciese en el emperador Napoleon, tal como estaba en

del imperio germánico. Sentia, pues, sin saber porqué, este nombramiento tan extraño, no dudando que era un síntoma seguro de lo dispuestos que se hallaban los principes alemanes oprimidos, á poner en sus manos el nuevo cetro imperial.

Napoleon no queria despojar á las claras de este cetro al gefe de la casa de Austria; esta era una empresa que le parecia de sobrada importancia en aquel momento, aunque pocas habria que le asustasen despues de la jornada de Austerlitz. Pero conocia perfectamente á lo que podia arriesgarse por entonces en Alemania, y habia arreglado definitivamente el plan que debía seguir. En aquel momento trataba de dislocar, debilitar el imperio germánico de tal modo, que solo brillara

tiempo de Carlo-Magno, compuesto de la Italia, la Francia y la Alemania. No parece absolutamente imposible que los males de la anarquia, hiciesen sentir la necesidad de semejante regeneracion en la mayoría de los electores, por cuya razon nombraron á Rodolfo de Habsburgo pasadas las revueltas del primer interregno. Las facultades del archicanciller son en estremo limitadas; pero cuenta al menos de buena fé con los talentos del emperador Napoleon, principalmente acerca de los motivos que pueden agitar el Mediodia de la Alemania. La regeneracion de la constitucion germánica ha sido en todos tiempos el objeto de los deseos del elector archicanciller, el cual nada pide ni admitirá para sí, y cree al mismo tiempo, que si S. M. el emperador Napoleon pudiera reunirse algunas semanas todos los años en Maguncia ó en alguna otra parte, con los principes sus aliados, se desarrollarian prontamente los gérmenes de la regeneracion germánica. Mr. de Hedcville ha inspirado una total confianza á el elector archicanciller, el cual se alegrará infinito se sirva haber presente la rectitud y pureza de estas consideraciones á S. M. el emperador de los franceses y á su ministro Mr. de Talleyrand.

CARLOS, elector archicanciller.



en el Occidente el imperio francés. Después quería reunir á los príncipes de la Alemania meridional, situados en las orillas del Rhin, Francia, Suabia y Baviera, formando de todos una confederación que estuviese á las órdenes de su reconocido protectorado, la cual declararíase haber roto todos los lazos que pudieran unirla con el imperio germánico. En cuanto á los demás príncipes de Alemania, permanecerían en la antigua confederación bajo la autoridad del Austria, ó lo que parecía más probable, cada uno se uniría según les pareciese, ya á la Prusia ya al Austria. El imperio francés, soberano de Italia, Nápoles, Holanda, tal vez pronto de la península española, y protector del Mediodía de la Alemania, comprendería casi los Estados que pertenecieron en otro tiempo á Carlo-Magno llegando á ser el verdadero imperio de Occidente. Esto no pasaba de ser una idea, grave sin embargo por los celos que iba á despertar en Europa, pero realizable en el día de una victoria ó de una negociación feliz.

Para llevar á cabo semejante proyecto, no se necesitaba trabajar mucho, porque Baviera, Wurtemberg y Baden, trataban en aquella época con la corte de París á fin de arreglar como quiera que fuese su situación poco segura. Todos los demás príncipes pedían ser comprendidos bajo cualquier título ó condición en el nuevo sistema federal que empezaba á traslucirse y que se deseaba como inevitable, siendo cuestión de vida ó muerte, el ser ó no comprendidos en él. No era, pues, necesario tratar con los príncipes de Baden, Wurtemberg y Baviera, y aun á estos se tuvo gran cuidado de no consultarles sino en ciertas medidas, esclu-

yendo por supuesto á todos los demás de la negociación. Se resolvió presentar el convenio, redactado, ya solo á los príncipes con quienes debía contarse, admitiéndoles á que le firmasen lisa y llanamente. La nueva confederación debía llamarse confederación del Rhin, tomando Napoleon el título de Protector.

Mr. de Talleyrand ayudado por el hábil diplomático Mr. de Labernardiere fué el encargado de redactar el proyecto de la nueva confederación, el cual debía ser sometido después á la aprobación del emperador (1).

Queda, pues, demostrado, cual fué la serie de los sucesos que por dos veces impulsó á Francia á mezclarse en los asuntos de Alemania. La primera, cuando la partición de los bienes eclesiásticos, amenazando á la Alemania de un trastorno, hizo necesario que esta suplicara á Napoleon verificase él mismo la partición, y anunciase los cambios que debían ocurrir en la constitución germánica. La segunda, cuando Napoleon precisado á marchar desde las orillas del Océano á las del Danubio á causa de la irrupción de los austriacos en Baviera, necesitando crearse aliados en el Mediodía de la Alemania, recompensarlos, engrandecerlos y contenerlos al propio tiempo si tratasen de abusar de su alianza, tuvo necesidad de intervenir á fin de arreglar la situación de los príncipes alemanes, que por su posición topográfica interesaban á la Francia.

(1) Hemos adquirido todos estos pormenores, del mismo Mr. de Labernardiere, único confidente de esta importante creación, y teniendo á la vista una multitud de documentos auténticos,